

11 de noviembre
Los Obispos al finalizar la Plenaria N°
Celebremos en el Santuario Nacional de la Fe

Al ingresar a su imponente templo y ver la bella imagen de la Virgen todos experimentamos sentimientos de filiación y fraternidad. Nos contagia también la alegría de ver la continua presencia de sus hijos que no dejan de visitarla y confesarla como Madre dispensadora de gracias y bendiciones. Hoy los obispos junto al pueblo fiel venimos a renovar nuestra adhesión a la Iglesia de su hijo Jesús, y al celebrar la Santa Misa queremos poner sobre el altar a todas las familias de nuestra patria, especialmente aquellas que más padecen estas horas de prueba, privadas de lo necesario para una vida digna.

Hay muchos pasajes en los evangelios que revelan el lugar y misión que ocupó la Virgen en la vida de Jesús. En el que acabamos de proclamar con el Evangelio de San Juan, vemos que la Madre, movida a misericordia, suscita con su intercesión el comienzo de los milagros de su hijo. (cf. Jn 2, 1-11).

La ocasión se dio en una fiesta de bodas de jóvenes hebreos y se nos dice que «la madre de Jesús estaba allí». Vemos que Jesús y sus discípulos también fueron invitados. Luego aconteció lo que escuchamos, María se dirige a su hijo con un reclamo, confiada en su poder: «no tienen vino». La Madre como mujer atenta a los detalles de la fiesta, se anticipó para que no faltase la alegría, tan necesaria para la vida y lo que se estaba celebrando.

La respuesta de Jesús a su madre parece no corresponder a su reclamo; «Mujer ¿qué tenemos que ver nosotros? Todavía no ha llegado mi hora». No obstante, lo que se pudo haber entendido como un desaire, no interrumpió la voluntad de María, porque desde el anuncio del ángel sabe quién es Jesús y manifiesta toda su confianza en su poder divino, y por eso dice: «Hagan todo lo que él les diga». La palabra de la madre venció toda resistencia, luego Jesús ordena a los criados llenar de agua las tinajas, y el agua se convierte en vino, mejor del que se había servido hasta entonces.

Son conocidos los acontecimientos que siguieron a aquellas humildes palabras de la Madre, nos referimos a aquel "comienzo de los signos" que comienzan a revelar a Jesús – el agua convertida en vino –, que hace decir al evangelista: de ese modo «manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él».

El hecho es elocuente. Es evidente que aquel primer milagro Jesús lo hizo por la delicada intercesión de su Madre y queda de manifiesto la nueva

dimensión, el nuevo sentido de la maternidad de María por todos los hombres y mujeres, al ir a su encuentro cuando se la invoca y asistir en todas sus necesidades. En Caná de Galilea se muestra sólo un aspecto concreto de la indigencia humana, aparentemente pequeño y de poca importancia como la falta de vino. Pero esto tiene un valor simbólico. El acontecimiento del pueblito de Caná revela el lugar y la misión intercesora de María en el plan de Dios.

El salir al encuentro de las necesidades de los hombres significa, al mismo tiempo, su contundente confianza en el poder salvífico de Cristo, como así también su solícita colaboración en el misterio de la redención que su Hijo consuma en la Cruz. Ahí, cuando se cumplía la hora misteriosa en que Jesús debía pasar de este mundo al Padre, al pié del sacrificio, María fue testigo de un amor que llega al extremo. Ahí estará su madre con el corazón abierto para recibir a todos los hijos salvados por su amado Hijo. A partir de ese momento María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencia y sufrimientos.

Ella intercede en el cielo por todos aquellos que la invocan y la reconocen como Madre. Ahora la Virgen, asunta a la gloria en cuerpo y alma, como enseña San Lorenzo de Brindis, un padre de la Iglesia-, ella escucha los ruegos de sus hijos, conoce lo que hay en el corazón del pueblo fiel y sigue intercediendo ante Jesús: Hijo, no tienen: techo, trabajo, paz, salud, educación, vida digna, peligran las familias. Hoy la discípula, después de escuchar las necesidades de los obispos le dirá a su Hijo: no tienen vocaciones para proclamar tu Reino...

La Madre Santa se pone " en medio ", es decir, hace de mediadora, no como un persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede – más bien " tiene el derecho de "- hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María " intercede " por todos los hombres y mujeres. No sólo: como Madre desea también que se manifieste el poder mesiánico del Hijo, es decir su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal, que bajo diversas formas pesa sobre su vida, sobre todo del pecado que da muerte.

Para nuestra dicha: ¡Que íntima comunión espiritual revela el Evangelio de San Juan entre Jesús y su Madre! Aquí en el Santuario eso está en el aire que respiramos, en la belleza de este templo, en la fe de nuestro pueblo que busca espejarse en los tiernos ojos de la Inmaculada, y no duda en encontrarse con la misericordia divina que se derrama en los

confesionarios, para devolvernos la dignidad de hijos de Dios. Pronto se cumplirán cuatro siglos de este río de gracia que se abrió para nosotros.

Un franciscano catalán, un siglo después que esta humilde Imagen se quedara entre nosotros, recogió la tradición oral de los devotos y entre sus páginas encontramos un modelo de intimidad de lo que es capaz la Virgen de Luján con sus hijos, en este caso con un hijo dilecto: el Siervo de Dios Negro Manuel, su fiel sacristán:

✠ Esta relación quedaría –señala la crónica–, mutilada e imperfecta, sino hiciéramos en ella particular memoria de este negrito, pues parece, que así como la Reyna Celestial se valió de la sencillez de un pobre indio llamado Diego para promover los cultos, que se le dan en la portentosa Imagen de nuestra Señora de Guadalupe, (que también es de la Concepción) y se venera en un cerrito de México, así también quiso valerse de este cándido negro llamado Manuel, para propagar los cultos de la Imagen de Nra. Sra. de Luján, distante doce leguas de la ciudad de Buenos Aires. Todo su cuidado era el aseo de su altar, el encenderle velas, y ungir con el sebo de su lámpara a los enfermos que venían a buscar en la Virgen su remedio; y no pocas veces con efectos maravillosos como diremos.

✠ Su inocente simplicidad era tal, que algunas veces trataba a la Santísima Virgen con extremada familiaridad. Fue el caso, que habiéndose hecho una pequeña Capilla a la Virgen en la misma casa de dicha Doña Ana, y estando ya colocada en su nicho la Imagen, reparó el Negro Manuel, que algunas noches faltaba del nicho, y por la mañana ya la encontraba en él, pero con el manto y saya lleno de abrojos, y cardillos, y por las fimbrias polvo, y algún barro, y en estas ocasiones le decía ***"Señora mía, que necesidad tenéis vos de salís de casa para remediar cualquiera necesidad siendo como sois tan poderosa? ¿Y cómo sois tan amiga de los pecadores, que salís en busca de ellos, cuando veis que os tratan tan mal?"***¹.

No hubo respuesta. Ustedes saben que la Virgen de Luján no habla, solo atrae con la irresistible ternura de su maternidad divina. Alguna vez escucho de su hijo «cuando sea levantado en alto atraeré a todos hacia mí»... Y Ella se puso al servicio de esa pedagogía...

Recemos juntos: Bajo tu amparo nos acogemos San Madre de Dios, no desoigas nuestras necesidades, antes bien líbranos de todo peligro, Virgen gloriosa y bendita. ✠Mario Aurelio Cardenal Poli

¹ *Historia Verídica del origen fundación y progreso del Santuario de la Purísima concepción de Nuestra Señora de la Villa de Luján*, por el Pbro. José Felipe Maqueda y Antonio Oliver Feliu ofm, Imprenta de los Niños Expósitos 1812, Bueno Aires.